

Otoño en el jardín mediterráneo

¿Qué hace un árbol como tú
en un jardín como este?

El otoño y otras sorpresas del jardín mediterráneo cierran la serie dedicada a las cuatro estaciones en el Jardín del MNCN. En esta sección Jesús Dorda nos ha descrito gran parte de los eventos que se suceden en esta sala de exposiciones a la intemperie con la que cuenta el MNCN.



Texto y fotos Jesús Dorda Dorda



Acacias de tres espinas a la entrada del Museo Nacional de Ciencias Naturales



Cedro junto a la calle Vitrubio

Aunque nos parezca que pasamos del verano al invierno en poco más de un fin de semana y cada año nos sorprendamos (incluso más) de que nos haya llegado el frío, la verdad es que estos bruscos cambios de tiempo son muy propios del clima mediterráneo. El romántico otoño, con sus árboles cargados de hojas amarillas, rojas y pardas, que caen pausadamente, da paso a des-

apacibles días de viento y lluvia, casi invernales, que se llevan todo por delante.

En nuestro jardín mediterráneo no falta variedad de arbolado para regalarnos sus colores otoñales, pero la mayoría de esos árboles no son autóctonos, ni siquiera mediterráneos. Algunos nos vienen de unos cien años atrás, cuando este rincón estaba en las afueras de Madrid. La creación del Jardín Mediterráneo es mucho más reciente, de hace poco más de un lustro y entonces se añadieron muchas especies propias de nuestro ecosistema pero, como es lógico, se respetaron la mayoría de los árboles antiguos.

“En nuestro jardín mediterráneo no falta variedad de arbolado para regalarnos sus colores otoñales, pero la mayoría no son autóctonos, ni siquiera mediterráneos”

Además de hojas marchitas el otoño nos trae frutos, los frutos que en la naturaleza no solo aseguran la supervivencia de la especie al permitirle su reproducción, sino los que alimentan a gran número de animales en el campo, nutriéndoles ante la llegada del invierno y permitiéndoles llenar las despensas para el invierno, tanto a los pequeños mamíferos como a algunas aves.

En el jardín están madurando las bellotas de las encinas, el árbol de nuestros bosques y dehesas



Frutos de sófora



Flor y fruto de rusco



Bellota de encina



Hojas de ginkgo



Tronco de eucalipto



Hongo yesquero en el tronco de un fresno

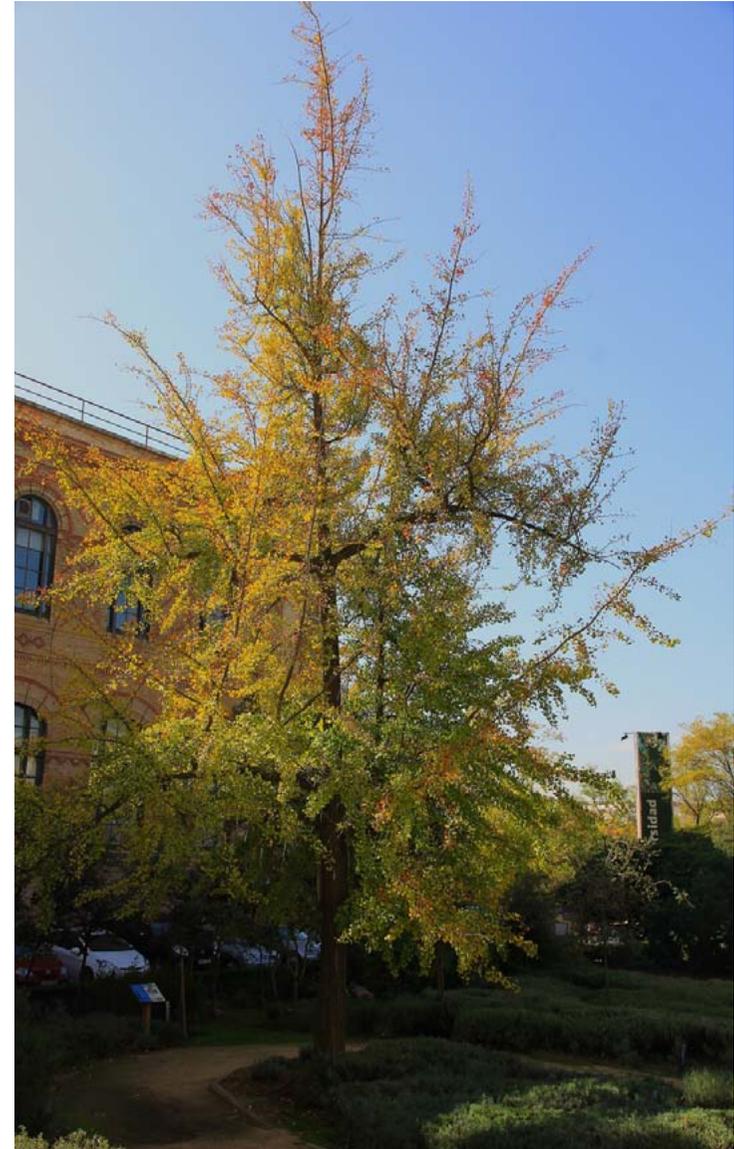
mediterráneas por excelencia. Hay una vieja encina y también otras jóvenes de reciente plantación.

Pero el más espectacular en cuanto a fructificación es el símbolo del escudo de Madrid, el madroño, *Arbutus unedo*. En otoño se llena de racimos de flores blancas, colgantes, pequeñas y con forma de jarroncito con su borde festoneado. Esas flores son una bendición para las abejas y abejorros que están llenando sus colmenas de miel para pasar el invierno o para asegurar la supervivencia de la próxima generación de abejas solitarias. Pero a la vez, el madroño muestra sus preciosos frutos que van pasando de amarillos a anaranjados hasta un intenso rojo a medida que maduran. Estos frutos proceden de las flores que fueron polinizadas en otoño del año pasado. Muchas aves, algunas migrantes de paso como las currucas, acuden al madroño para reponer fuerzas y suponemos que hace muchos años los osos madrileños llenaban sus estómagos con madroños antes de irse a dormir. Los frutos del madroño son comestibles pero indigestos si se comen en gran cantidad. Y si se pasan de maduración, tienen cierto grado alcohólico, por lo que hay que consumirlos con precaución.

Bajo el madroño más grande del jardín, que está en el lado izquierdo del edificio, junto a la calzada, hay otra de las especies más interesantes, el rusco, *Ruscus aculeatus*. Es un arbusto bajo, perenne y de color verde oscuro, que nos muestra unos frutos en forma de baya roja que parecen crecer en medio de sus pequeñas y pinchudas hojas. ¿Cómo es esto posible? Pues bien, lo que ocurre es que lo que a nosotros nos parecen hojas son en realidad tallos ensanchados, llamados filocladados, igual que ocurre con algunas plantas crasas adaptadas a climas duros. Las flores del rusco son muy pequeñas, apenas unos pétalos creciendo en medio del filoclado y, en consecuencia, los frutos se desarrollan en ese mismo lugar. También tienen hojas verdaderas, pero son muy pequeñas y descoloridas.

En cuanto a los árboles no autóctonos, una de las joyas exóticas del jardín es el ejemplar de Ginkgo biloba que hay en el lado más cercano a la calle Vitrubio. Los ginkgos son unos árboles peculiares, se les ha llamado fósiles vivientes porque datan de los orígenes de las plantas con

“Una de las joyas exóticas es el ginkgo, un árbol al que se ha llamado fósil viviente porque data de los orígenes de las plantas con flor. Es la única especie viviente de su género, familia, orden y subclase”



Ginkgo biloba



Madroño, flores y frutos

flor, es decir en la época en que los dinosaurios dominaban la Tierra. Sin embargo, hay muchas otras plantas que tienen igual o más derecho a ser llamadas así, como algunas otras gimnospermas y los helechos.

El ginkgo es un árbol tan especial que es la única especie viviente de su género, familia, orden y subclase. Procede de China y se ha utilizado mucho en jardinería por la belleza de su porte y la singularidad de la forma de sus hojas colgantes. Además, en otoño adquieren un precioso color amarillo que lo hace destacar del resto del jardín. Es una especie cuyos individuos son masculinos o femeninos y no los dos sexos a la vez como estamos acostumbrados a ver en las plantas más modernas. Pero en los jardines no es fácil encontrar

“Las flores del madroño son una bendición para las abejas y abejorros que están llenando sus colmenas de miel para asegurar la supervivencia de la próxima generación de abejas”

ejemplares femeninos, porque cuando fructifica las semillas desprenden un desagradable olor rancio que inunda su entorno y no se suelen comercializar.

Junto a la rampa escalonada por la que se entra al jardín del Museo hay un viejo ejemplar de morera, *Morus alba*, donde más de un niño (o sus padres o abuelos) se ha provisionado de alimento para sus gusanos de seda. Es un árbol de procedencia asiática. En las ciudades no se suelen plantar moreras que den fruto, porque manchan el suelo, pero esta sí los produce y en gran cantidad, circunstancia que aprovechan las palomas torcaces y los estorninos, aves cada vez más frecuentes en Madrid y visitantes asiduos del jardín.

También en la zona más cercana a la Castellana y en continuación con los árboles plantados en ese paseo, hay varias de las llamadas popularmente acacias, aunque estrictamente no lo sean, que pertenecen a tres especies distintas. Las más llamativas en

otoño son las acacias de tres espinas, *Gleditsia triacanthos*, que son las de hojas más finas y las que tienen el fruto de mayor tamaño, unas legumbres grandes y colgantes, que hacen un sorprendente ruido al caer. Otros de estos árboles, que pertenecen a la familia de las fabáceas son la falsa acacia, *Robinia pseudoacacia*, procedente de Estados Unidos y la sófora, *Styphnolobium japoni-*

cum, también conocida como *Shophora japonica*, aunque su lugar de origen sea China.

En el jardín también hay sitio, como no, para especies invasoras y, creciendo como quien no quiere la cosa, hay unos cuantos pies, alguno ya un arbolillo, de ailanto, *Ailanthus altissima*. Procede de China y es perjudicial para el ecosistema, reduciendo la biodiversidad allí donde se instala. Las raíces tienen sustancias que inhiben el crecimiento de otras plantas. En el jardín se pueden ver en cualquier rincón, entre los muros del



Ailanto creciendo junto al muro



Cotorras argentinas

edificio del museo y el suelo y hasta entre los peldaños de las escaleras, pues sus semillas tienen expansiones con forma de ala retorcida y se dispersan fácilmente por el viento, hasta que se quedan encajadas en cualquier grieta, necesitando poco para brotar. En el norte de España, donde hay más humedad en los campos, arruinan prados con su invasión y es costoso luchar contra esta especie.

Y también tenemos un ave invasora, las cotorras argentinas, *Myiopsitta monachus*, que escapadas o soltadas de sus jaulas por lo ruidosas que son, en unos pocos años han tomado al asalto casi todos los jardines de Madrid. A no ser que salgan volando, a veces no se diferencian bien entre las ramas por su color verde y gris, pero es casi seguro que vamos a escuchar su griterío.

Los árboles tienen sus enfermedades y en el otoño no podíamos olvidarnos de las setas, en especial las setas de la madera, que aunque en estas fechas estén en pleno desarrollo, al ser de consistencia dura, se mantienen y se pueden ver en los troncos durante todo el año. Los hongos más fáciles de observar en una ciudad como Madrid, con su contaminación incluida, son los hongos yesqueros, *Inonotus hispidus*, que tienen la forma de una tarta adherida a los troncos enfermos. Son de color negruzco por la parte de arriba y anaranjado por la inferior, con unos característicos poros y a veces, en plena maduración, con unas gotas colgantes. Se llaman yesqueros porque desde la antigüedad, dada su consistencia fibrosa, se han utilizado estos hongos secos para iniciar el fuego. También por ser tan porosos se han utilizado en medicina tradicional

para retener hemorragias, quizás con algún poder antiséptico.

Quedan, evidentemente, muchas especies por ver, conocer y descubrir en el jardín del Museo: varias especies de pino, cedro, eucalipto, fresnos,

arces, magníficos plátanos de sombra y hasta un productivo albaricoquero. Pero eso lo dejo para los visitantes curiosos, animándoles a buscar información sobre esas especies, sean plantas o animales ■

Los Benedito

No puedo cerrar esta serie dedicada a nuestro jardín en las cuatro estaciones del año sin pararme a contemplar el monolito con el busto en bronce de D. Luis Benedito Vives, que junto a su hermano José M^a, fueron los grandes artífices de la mejor parte de la colección de animales taxidermizados y la casi totalidad de grupos diorama que se pueden contemplar en las salas del MNCN. Se repartieron el trabajo, especializándose en mamíferos Luis y en aves José M^a. También su nieto, José Luis Benedito Bruñó, trabajó en el Museo muchos años después y a él le debemos el ejemplar de dragón de Komodo que hay en la exposición de Biodiversidad. No le hizo mucha gracia a José Luis preparar este animal que procedía del Zoo de Madrid y llevaba largo tiempo en los



congeladores. Los reptiles no eran “santo de su devoción” pero ante mi insistencia acometió el trabajo con ilusión, y eso a pesar de que le faltaba un gran trozo de piel en el vientre y a que no pudo usar ni la cabeza ni las patas, pues las reclamaron del departamento de Paleontología, por ser de gran interés sus huesos para anatomía comparada. Aun así, con moldes y réplicas hechos de las manos, pies y cabeza y modelando las escamas que faltaban en su panza, el resultado es más que satisfactorio. José Luis falleció en el año 2011, quede aquí un pequeño homenaje junto al de su abuelo y tío-abuelo, con un cariñoso recuerdo del que fue un buen compañero de trabajo y un excelente amigo.